



"Yo soy Hijo de Dios"

Jn 10, 31-42

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant

Los judíos tomaron piedras para apedrear a Jesús. La escena pasa en Jerusalén, en los días en que se celebraba la fiesta de la Dedicación. Esta fiesta tenía por objeto conmemorar anualmente la purificación del templo por Judas Macabeo. La fiesta duraba ocho días. Para la fiesta de la Dedicación no era obligatoria la peregrinación a Jerusalén, como en las otras tres grandes fiestas de Pascua, Pentecostés y Tabernáculos. La escena tiene lugar cuando Jesús se paseaba en el templo, por el llamado pórtico de Salomón. En este escenario, un día de la fiesta de la Dedicación, los judíos, que son indudablemente, por su argumentación, los fariseos, lo rodean, lo estrechan así en un círculo para forzarle a una respuesta.

La respuesta de Jesús, es que ya se lo dijo repetidas veces, no tomando la misma palabra de Mesías, pero sí con las obras, que, hechas en nombre de mi Padre, dan, por lo mismo, testimonio de El. Pero, a pesar de todo, ellos no creen en El. Jesús les había dicho a los judíos, Lo que mi Padre me dio es mejor que todo, y nadie podrá arrebatarse nada de la mano de mi Padre. Porque es un don que le dio el Padre, el cual es el don más precioso que todas las cosas. Nada es comparable a la vida eterna, que Jesús dispensa. El mismo lo dijo en otra ocasión: ¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? (Mt 16:26; Lc 9:25) Por último, Jesús, como garantía de este poder salvífico que tiene para sus ovejas, proclama su divinidad, diciendo: Yo y el Padre somos una cosa. Directamente se expresa esta unidad entre el Padre y el Hijo en el poder. El Padre y el Verbo encarnado son una sola cosa. Pero lo son no sólo como un profeta, en el plan, conocimiento y actividad de Jesús para su obra salvadora. Sino también, por razón de la persona divina, tiene una unión ontológica divina con el Padre. En el prólogo, San Juan enseña abiertamente que el Verbo, que se va a encarnar, era Dios.

Entonces Jesús dijo: Les hice ver muchas obras buenas que vienen del Padre y les pregunta por cuál de ellas le quieren apedrear. Los judíos fariseos que le oyeron, trajeron piedras de las que había allí mismo en el templo aún en construcción, y de las que se sirvieron los judíos en más de una ocasión para apedrear a la guarnición

romana. Los judíos le respondieron: No queremos apedrearte por ninguna obra buena, sino porque blasfemas, ya que, siendo hombre, te haces Dios. Al argumentarle los fariseos, sacando la conclusión que encerraba su enseñanza, que se hacía Dios, quisieron apedrearle, puesto que este tipo de pena era el que correspondía a los blasfemos.

Y el argumento que Jesús va a esgrimir contra ellos es éste: ¿No está escrito en la Ley de ustedes?: Yo dije: Ustedes son dioses. Si la Ley, llama dioses a los que Dios dirigió su Palabra -y la Escritura no puede ser anulada-¿cómo dicen: Tú blasfemas, a quien el Padre santificó y envió al mundo, porque dijo: Yo soy Hijo de Dios. Si no hago las obras de mi Padre, no me crean; pero si las hago, crean en las obras, aunque no me crean a mí.

En la Ley, que son los Salmos, pero que san Juan así en otras ocasiones las Escrituras, se lee la siguiente personificación escenográfica: Dios cita a su juicio a los jueces inicuos, y para nombrarles y constituirles como tales, les dice: Yo dije: Sois dioses, todos vosotros hijos del Altísimo (Sal 82:6). A los jueces, por recibir su poder de Dios (Rom 13:1) y porque el juicio es de Dios (Dt 1:17; cf. Dt 19:17), se los llama, en esta mentalidad semita, dioses, por participadores de este poder divino (Gen 1:27).

Partiendo de esto, Jesús va a usar un argumento, la Escritura no puede ser anulada, si llama dioses a unos hombres por participar un simple poder judicial, no puede ser blasfemia que El, a quien el Padre consagró y envió al mundo, y la prueba de lo que dice son los milagros, diga que es Hijo de Dios. Los milagros de Jesús eran tan evidentes, que aquí mismo los alega como testimonios inexcusables; precisamente los milagros fueron lo que hizo creer en El a Nicodemo y a otros grupos de fariseos. Más que un simple juez — Dios — era el que el Padre envió al mundo como su Mesías, y que, proclamándose el Hijo de Dios, lo rubricaba apologeticamente con milagros. Por eso alega esto, como en otras ocasiones, en el mismo evangelio de San Juan, para que sepáis y conozcáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre. Si Dios estaba jurídicamente presente en los jueces, tenía que estarlo realmente en el que se decía su Hijo.

Jesús luego les dice; Así reconocerán y sabrán que el Padre está en mí y yo en el Padre.

San Juan nos escribe en el capítulo 14, que Jesús dijo: El que me ha visto a mí (como Hijo), ha visto al Padre. El Padre, que mora en mí, hace sus obras. Creedme, que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí; al menos, creedlo por las obras. Así como también nos dice en el capítulo 1:1 del Verbo encarnado que el Verbo estaba en Dios (en el Padre), y el Verbo era Dios.

Es la profunda presencia y unión con el Padre en sus obras, ya que El nada hacía sin el Padre (Jn 5:30). Pero la lógica de la argumentación es que, no habiendo retirado nada de su proposición primera, es por la que querían lapidarlo. Ellos intentaron nuevamente detenerlo, pero él se les escapó de las manos.

Jesús volvió a ir al otro lado del Jordán, Y en ese lugar muchos creyeron en él. Y queriendo apoderarse de El, se salió de sus manos. No había llegado su hora. El mismo logró evadir aquello, porque una vez más, la grandeza de Jesús, sin aparatosidad, se impone.

Este evangelio, nuevamente nos hace ver como los judíos eran sumamente reacios a creer en la divinidad de Jesús, a pesar de lo que oían y veían. Así es como Jesús les

argumenta con buenas razones, las que son visibles y fáciles de entender. A los judíos no le faltaban motivos para conocer la verdad, solo necesitaban fijarse en los milagros que hacía Jesús, pero ellos eran gentes de corazón duro y se mostraban duros para recibir la verdad. Por eso los judíos, molestos, al no poder replicar a Jesús, se enfurecen y quieren apedrearlo.

Hoy día, nos encontramos también con muchos enemigos de Jesús, y al no tener argumentos que oponer, persiguen sus enseñanzas. Así es como día a día, la Iglesia recibe ataques. Esto, lejos de separarnos de Dios, debe unirnos aún más a El. En la adversidad, es cuando se demuestra si actuamos por amor a Dios.

El Señor les Bendiga

Pedro Sergio Antonio Donoso Brant